

Eliana

De grande no quiero ser Primera Dama

Basta revisar nuestra historia reciente para constatar que además de lo discutible del rol en cuestión, este hoy evidencia cómo las diversas exigencias dirigidas a la mujer se vuelven especialmente duras si tienen en sus miras al poder.

No solo tiene que cuidar su vestir para la foto, para ser digna hija de su tiempo tiene que ser profesional, maternal y compañera; y aunque tenga privilegios que la diferencien de las demás peruanas, no es intocable.

Susana Higuchi fue percibida como simpática y leal mientras ayudaba a su esposo a acceder al poder, excusándolo de no presentar su plan de gobierno por haberse intoxicado comiendo bacalao. Sus problemas empezaron cuando decidió decir verdades en lugar de risibles coartadas. Fujimori halló a su primera enemiga pública y destruyó su reputación.

Pilar Nores es recordada con admiración. En televisión es tratada con una delicadeza insólita, solo explicable por el hecho de haber soportado a Alan García, manteniéndose elegantemente estoica a pesar de los secretos familiares revelados y la corrupción de su ex marido. Ella debe ser el referente más fresco de una mujer que sabe estar en su lugar.

Ese manual no lo ha leído Nadine Heredia, quizá por andar leyendo a Ayn Rand y a otras autoras sobre las que no se discute en lonches benéficos. Esta Primera Dama parece haberse contagiado de la soberbia de la filósofa rusa, pero de mucho más no se le puede acusar; en todo caso, no con la furia que exhiben sus opositores. Apareció en la escena política sorprendiendo por la novedad de integrar un proyecto encabezado por una pareja. Pero, de ser vista como alguien capaz de algo más que acomodarle

con gracia la corbata al candidato, pasó a ser considerada como la dueña de los pantalones en casa.

Es evidente la necesidad de ciertos grupos de atribuirle a Heredia excesiva responsabilidad de nuestra mediocridad política, a través de movimientos que parecen más preocupados en debilitar sus perspectivas futuras que en fortalecer la institucionalidad democrática que dicen defender. Muchas de esas voces callaron cuando el fujimorismo maltrató a una de las primeras en denunciar sus delitos, y ahora exageran un rechazo que incluso recurre al machismo para criticar el protagonismo de una figura cuyo rol nunca nadie se preocupó en aclarar, que permaneció en el limbo hasta que apareció una mujer más presidenciable que muchos; incluso, que su propio marido.

Así, mientras contribuía a embellecer la foto presidencial, la Primera Dama era bienvenida a celebrar las riquezas del país y el futuro de nuestros niños. Hoy, resulta fuera de lugar en un contexto donde ni siquiera en la izquierda se asume una discusión seria en torno a la alternancia y paridad en el acceso al poder.

Sí, seguramente Heredia quiere más de lo que tiene. Pero quienes la atacan utilizan recursos desmedidos, característicos de quienes lo tienen todo y no admiten que aparezca competencia, incluso a pesar de que esta Primera Dama hace rato se ha mostrado como defensora del status quo. Aun así, prefieren distraernos con cacerías de brujas cuando deberíamos estar cazando a narcotraficantes, transportistas mafiosos, congresistas dueños de empresas que negocian con el Estado, asesinos impunes en el norte del país, curas pederastas y a narcoindultadores de verbo florido.

SUMILLA

“Deberíamos estar cazando a narcoindultadores de verbo florido”